

Agatha
Christie[®]

EL
MISTERIOSO
CASO DE
STYLES

booket

Agatha Christie

El misterioso caso de Styles

Traducción: Stella de Cal



1

La llegada a Styles

El revuelo que despertó el que en su momento fue conocido como «El misterioso caso de Styles» se ha calmado. Sin embargo, en vista de la resonancia mundial que tuvo, mi amigo Poirot y la propia familia me han pedido que escriba toda la historia. Confiamos en que así se acallen definitivamente los rumores sensacionalistas que aún perduran.

Por lo tanto, expondré con brevedad las circunstancias que me llevaron a verme implicado en este asunto.

Me habían enviado a Inglaterra tras caer herido en el frente y, después de pasar unos meses recuperándome en una deprimente clínica, me concedieron un mes de permiso. No tenía parientes cercanos ni amigos, ni siquiera había decidido lo que haría, cuando me encontré con John Cavendish. Lo había visto muy poco en los últimos años. En realidad, jamás lo conocí a fondo. Me llevaba unos quince años, aunque no representaba los cuarenta y cinco que tenía. Sin embargo, durante mi infancia a menudo me alojé en Styles, la residencia de su madre, en Essex.

Después de charlar largo y tendido sobre aquellos años, me invitó a pasar en Styles el tiempo que durara mi permiso.

—A mamá le encantará volver a verte después de tantos años —comentó.

—¿Tu madre está bien?

—Oh, sí. Supongo que sabes que se ha vuelto a casar, ¿no? Creo que no pude disimular mi sorpresa. La señora Ca-

vendish se había casado con el padre de John, un viudo con dos hijos; yo la recordaba como una hermosa mujer de mediana edad. Ahora debía de tener unos setenta años. Poseía una personalidad enérgica y autocrática, era amiga de los acontecimientos sociales y benéficos, y muy aficionada a organizar rifas e interpretar el papel de hada madrina. Era una mujer extraordinariamente generosa y poseía una cuantiosa fortuna personal.

El señor Cavendish compró su residencia campestre, Styles Court, durante los primeros años de su matrimonio. Cavendish se había pasado toda la vida dominado por su mujer, hasta el extremo de que, al morir, le dejó la finca en usufructo, así como la mayor parte de su renta, una decisión a todas luces injusta para con sus dos hijos. Su madrastra, sin embargo, fue muy generosa con ellos; eran tan jóvenes cuando su padre volvió a casarse que siempre la consideraron su madre.

Lawrence, el menor, había sido un muchacho delicado. Estudió medicina, pero pronto abandonó la profesión y vivía en la casa materna volcado en su vocación literaria, aunque sus poemas nunca tuvieron éxito.

John ejerció algún tiempo como abogado, pero más tarde se retiró para disfrutar de la apacible vida de un hacendado. Se había casado dos años antes y vivía con su mujer en Styles, aunque, por lo que parecía, él hubiera preferido que su madre le aumentara la renta y tener su propia casa. Pero a la señora Cavendish le gustaba seguir sus propios planes e imponerlos y, en este caso, tenía la sartén por el mango.

John se dio cuenta de mi sorpresa ante la noticia del nuevo matrimonio de su madre y sonrió con tristeza.

—¡Es un condenado patán! —afirmó furioso—. Te aseguro, Hastings, que está haciéndonos la vida imposible. En cuanto a Evie..., ¿te acuerdas de Evie?

—No.

—Supongo que ella llegó cuando tú ya no venías por casa. Es la compañera de mi madre, su sirvienta y camarada. Buena persona, aunque no es precisamente joven y guapa.

—Ibas a contarme que...

—¡Ah! Sí, el individuo ese. Alfred. Se presentó en casa por las buenas con el pretexto de ser primo segundo de Evie o algo por el estilo, aunque ella no parecía muy dispuesta a reconocer el parentesco. Salta a la vista que el tipo no es uno de los nuestros. Lleva una gran barba negra y botas de cuero sin importarle el tiempo que haga. Pero mamá enseguida le tomó cariño y lo contrató como secretario. Como recordarás, siempre ha dirigido un centenar de sociedades benéficas...

Asentí.

—Por supuesto, con la guerra, esas cien sociedades benéficas se han convertido en mil. Hay que reconocer que el sujeto en cuestión ha resultado muy útil. Pero imagínate cómo nos quedamos cuando, hace tres meses, mamá nos anunció de pronto que ella y Alfred se habían comprometido. Si nos pinchan, no nos sacan sangre. Él es por lo menos veinte años más joven. Es un cazafortunas descarado, por supuesto, pero ella podía decidir lo que le viniera en gana, así que se casaron.

—Debe de ser una situación muy difícil para ustedes.

—¿Difícil? Es terrible.

Tres días más tarde me encontraba bajando del tren en Styles Saint Mary, una diminuta estación cuya existencia no parecía muy justificada, perdida en medio del campo. Cavendish me esperaba en el andén y me llevó en su auto.

—Como ves, consigo un poco de gasolina gracias a las actividades de mi madre.

El pueblo estaba a unos cinco kilómetros de la estación

y Styles Court se erguía dos kilómetros más allá. Era un día calmado y cálido de principios de julio. Al contemplar la llanura de Essex, tan verde y apacible bajo el sol de la tarde, parecía imposible creer que se estuviera librando una guerra no muy lejos de allí. De pronto, sentí como si me hubiera perdido en otro mundo. Al cruzar la verja de entrada, John dijo:

—No sé si esto te parecerá demasiado tranquilo, Hastings.

—Amigo, es justo lo que busco.

—Es bastante agradable si te gusta la vida reposada. Yo hago instrucción con los voluntarios dos veces a la semana y echo una mano en las fincas. Mi mujer trabaja en la granja. Se levanta todos los días a las cinco para ordeñar las vacas y sigue trajinando hasta el mediodía. En realidad, es una buena vida. ¡Si no fuera por ese Alfred Inglethorp! —Se detuvo bruscamente y miró el reloj—. No sé si tendremos tiempo de recoger a Cynthia. No, ya habrá salido del hospital.

—¡Cynthia! ¿No es tu esposa?

—No, es una protegida de mi madre, hija de una compañera de colegio que se casó con un abogado poco escrupuloso. El matrimonio fue un fracaso y la muchacha se quedó huérfana y sin un céntimo. Mi madre acudió en su ayuda y lleva casi dos años con nosotros. Trabaja en el Hospital de la Cruz Roja de Tadminster, a dieciocho kilómetros de aquí.

Mientras decía esto, nos detuvimos ante la antigua y hermosa mansión. Una señora vestida con una gruesa falda de *tweed*, que estaba inclinada sobre un macizo de flores, se levantó al vernos.

—¡Hola, Evie, aquí está nuestro héroe herido! Señor Hastings, la señorita Howard.

La señorita Howard me estrechó la mano con un vigor que casi me hizo daño. En su cara, tostada por el sol, desta-

caban dos ojos de un azul profundo. Era una mujer de unos cuarenta años y de aspecto agradable, con voz grave, algo masculina en sus modos rudos y su cuerpo fornido. Calzaba unas botas recias. Me llamó la atención su modo de hablar, casi telegráfico.

—Los hierbajos se propagan como el fuego. Resulta imposible librarse de ellos. Tendré que reclutarlo. Vaya con cuidado.

—Le aseguro que me encantará ser útil en algo.

—No diga eso. Se arrepentirá.

—Eres una cínica, Evie —dijo John, de buen humor—. ¿Dónde tomamos el té, dentro o fuera?

—Fuera. Hace un día precioso para encerrarse en casa.

—Entonces ya has trabajado bastante en el jardín. La jornalera se ha ganado su jornal. Ven y descansa.

—Bueno —dijo la señorita Howard, quitándose los guantes de jardinero—. Estoy de acuerdo contigo.

Nos condujo al lugar donde estaba servido el té, bajo la sombra de un gran sicomoro.

Una figura femenina se levantó de una de las sillas de mimbre y avanzó unos pasos para recibirnos.

—Mi esposa, Hastings —dijo John.

Nunca olvidaré mi primer encuentro con Mary Cavendish. Se han quedado grabados para siempre en mi memoria su alta y esbelta silueta recortándose contra la potente luz, y el fuego dormido que se adivinaba en ella, aunque solo encontrase expresión en sus maravillosos ojos dorados. Su quietud insinuaba la existencia de un espíritu indomable encerrado en un cuerpo perfecto.

Me recibió con unas agradables palabras de bienvenida, pronunciadas con voz baja y clara, y me senté, feliz por haber aceptado la invitación de John. La señora Cavendish me sirvió el té y los pocos comentarios que hizo reforzaron mi primera impresión: era una mujer extraordinariamente atractiva. Animado por la viva atención que me demostra-

ba mi anfitriona, describí en clave de humor algunos episodios de mi convalecencia, y puedo sentirme orgulloso por haberla divertido de verdad. Desde luego, John sería muy buen chico, pero su conversación distaba de considerarse brillante.

En aquel momento llegó hasta nosotros, a través de uno de los ventanales, una voz que recordaba muy bien:

—Quedamos, Alfred, en que escribirás a la princesa después del té. Yo escribiré a lady Tadminster por lo que se refiere al segundo día. ¿O esperaremos a saber qué dice la princesa? En caso de que rechace hacerlo, lady Tadminster podría inaugurarla el primer día y la señora Crosbie el segundo. En cuanto a la fiesta de la escuela, la duquesa...

Se oyó el murmullo de una voz masculina y después la respuesta de la señora Inglethorp:

—Sí, desde luego. Después del té estará muy bien. Pienzas en todo, Alfred, cariño.

El ventanal se abrió un poco más y una hermosa señora, de cabellos blancos y facciones más bien dominantes, salió al jardín. La seguía un hombre en actitud galante.

La señora Inglethorp me saludó efusiva.

—Señor Hastings. ¡Qué alegría volver a verlo después de tantos años! Querido Alfred, te presento al señor Hastings. Señor Hastings, mi marido.

Miré con cierta curiosidad al «querido Alfred». A decir verdad, tenía un aspecto raro. No me extrañó que a John le disgustara su barba: era una de las barbas más largas y negras que jamás había visto. Llevaba anteojos con montura dorada y su rostro tenía una extraña impasibilidad. Su aspecto podría resultar natural en un escenario, pero en la vida real estaba del todo fuera de lugar. Su voz era profunda e hipócrita. Me estrechó la mano al tiempo que decía:

—Encantado, señor Hastings. —Luego miró a su esposa y añadió—: Querida Emily, ese almohadón está un poco húmedo.

Ella le sonrió con cariño mientras él le cambiaba el almohadón con grandes demostraciones de afecto. ¡Extraño apasionamiento en una mujer tan sensata!

Con la llegada del señor Inglethorp, una sensación de velada e incómoda hostilidad planeó sobre la reunión. La señorita Howard no se molestó en ocultar sus sentimientos. Sin embargo, la señora Inglethorp no parecía darse cuenta. Su locuacidad no había disminuido con el transcurso de los años y habló incansablemente, sobre todo de la rifa que estaba organizando y que se celebraría muy pronto. De vez en cuando se dirigía a su marido para preguntarle algo relacionado con horarios y fechas. Él no abandonaba su actitud vigilante y atenta. Desde el primer momento me disgustó sobremanera y presumo de juzgar de forma certera a las personas a primera vista.

Poco después, la señora Inglethorp se dirigió a Evelyn para darle instrucciones sobre unas cartas, y su marido se dirigió a mí con su bien timbrada voz:

—¿Es usted militar de carrera, señor Hastings?

—No, antes de la guerra estaba en la compañía de seguros Lloyd's.

—¿Volverá usted allí cuando termine la guerra?

—Puede que sí, aunque quizá empiece algo nuevo.

—Si pudiera seguir su vocación, ¿qué profesión escogería usted? —me preguntó Mary.

—Depende.

—¿No tiene una afición secreta? ¿No se siente atraído por nada? Casi todos lo estamos; generalmente por algo absurdo.

—Se reiría usted de mí si se lo dijera.

—Quizá.

—Siempre he tenido la secreta ambición de ser detective.

—¿Un auténtico detective de Scotland Yard o un Sherlock Holmes?

—Un Sherlock Holmes, por supuesto. Pero, hablando

en serio, es algo que me atrae muchísimo. En Bélgica conocí a un detective muy famoso que me entusiasmó. Es maravilloso. Siempre dice que el trabajo de un buen detective solo es cuestión de método. Mi sistema se basa en el suyo, aunque, por supuesto, lo he mejorado. Es un hombre muy divertido, todo un dandy, de una habilidad extraordinaria.

—Me gustan las buenas historias policíacas —comentó la señorita Howard—. Sin embargo, a veces son una sarta de tonterías. El criminal es descubierto en el último capítulo, después de engañar a todos. En los crímenes reales se lo descubriría enseguida.

—Muchos crímenes han quedado sin aclarar —repliqué.

—No me refiero a la policía, sino a la gente que está alrededor. La familia. Ellos no se engañan. Lo saben todo.

—Entonces ¿usted cree —dije divertido— que, si se viera mezclada en un crimen, descubriría enseguida al asesino?

—Por supuesto, no podría probarlo ante un jurado, pero creo que lo sabría. Si se me acercara el asesino, lo notaría.

—Podría ser *la* asesina.

—Podría. Pero el asesinato es algo violento por naturaleza. Se asocia más a los hombres.

—Salvo en caso de envenenamiento. —La intervención de la señora Cavendish me sobresaltó—. El doctor Bauerstein decía ayer que es muy probable que se hayan dado innumerables envenenamientos por completo insospechados, debido a la ignorancia de la clase médica cuando se trata de venenos poco comunes.

—¡Por Dios, Mary, qué conversación tan horrible! —exclamó la señora Inglethorp—. Me están poniendo la piel de gallina. ¡Aquí viene Cynthia!

Una muchacha con uniforme del cuerpo de voluntarias cruzó rápidamente el césped.

—Cynthia, llegas tarde. Este es el señor Hastings. La señorita Murdoch.

Cynthia Murdoch era una joven llena de vida y energía.

Se quitó su gorrito y admiré las grandes ondas de su cabellera castaña, que llevaba suelta, y la blancura de la pequeña mano que adelantó para tomar una taza de té. Con los ojos y las pestañas negras, hubiera sido una belleza.

Se sentó en el suelo junto a John y me sonrió cuando le acerqué un plato de sándwiches.

—Siéntese aquí, en la hierba —me dijo—. Se está mucho mejor.

Obedecí enseguida.

—Trabaja usted en Tadminster, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, es el castigo por mis pecados.

—¿La maltratan? —pregunté sonriendo.

—¡Solo faltaría! —exclamó Cynthia con dignidad.

—Tengo una prima en un hospital que les tiene pánico a las hermanas.

—No me extraña, ya sabe cómo son. Pero yo no soy enfermera, gracias a Dios. Trabajo en el dispensario.

—¿A cuántas personas ha envenenado usted?

—¡A centenares!

—Cynthia —dijo la señora Inglethorp—, ¿puedes escribirme unas cartas?

—Desde luego, tía Emily.

Se levantó de un salto y algo en su actitud me recordó que su posición en la casa era la de una subordinada y que la señora Inglethorp, aun siendo tan bondadosa, no le permitía olvidarlo ni un instante.

Mi anfitriona me miró.

—John le enseñará su habitación. La cena es a las siete y media. Por el momento hemos suprimido la costumbre de la cena de última hora. Lady Tadminster, la esposa de nuestro diputado, hija del difunto lord Abbotsbury, hace lo mismo. Está de acuerdo conmigo en que tenemos que dar ejemplo de austeridad. Aquí llevamos una economía de guerra. No se desperdicia nada. Hasta los trozos de papel se recogen y se envían en sacos.

Expresé mi aprobación y John me condujo a la casa. Subimos la escalera, que se bifurcaba en el primer rellano para permitir el acceso a las dos alas del edificio. Mi habitación estaba en el ala izquierda y tenía vistas al parque.

John me dejó y, unos minutos más tarde, desde mi ventana, lo vi paseando con tranquilidad por el jardín del brazo de Cynthia. Oí la voz de la señora Inglethorp llamando a Cynthia con impaciencia y la muchacha corrió en dirección a la casa. Al mismo tiempo, un hombre surgió de la sombra de un árbol y tomó despacio la misma dirección. Aparentaba unos cuarenta años, era muy moreno y su rostro afeitado tenía una expresión melancólica. Parecía dominado por los nervios. Al pasar, miró por casualidad hacia mi ventana y lo reconocí, aunque había cambiado mucho en los últimos quince años. Era Lawrence, el hermano menor de John. Me pregunté cuál podría ser el motivo de su extraña expresión.

Después me olvidé de él y volví a ocuparme de mis asuntos.

La velada transcurrió agradablemente y, por la noche, soñé con la enigmática Mary Cavendish.

La mañana amaneció clara y soleada, y presentí que mi estancia en Styles iba a ser muy satisfactoria.

No vi a la señora Cavendish hasta la hora de la comida. Entonces me invitó a dar un paseo con ella y pasamos una deliciosa tarde deambulando por el bosque. Regresamos a la casa alrededor de las cinco.

Al entrar en el gran vestíbulo, John nos hizo señas para que lo siguiéramos al salón de fumar. Por su expresión, enseguida comprendí que había ocurrido algo desagradable. Entramos en el salón y cerró la puerta.

—Escucha, Mary, hay un alboroto terrible. Evie ha discutido por culpa de Alfred Inglethorp y se marcha.

—¿Que Evie se marcha?

John asintió sombrío.

—Sí, ha ido a ver a mamá y..., ¡ahí viene!

La señorita Howard entró en la habitación. Apretaba los labios con una expresión testaruda y llevaba una valija pequeña. Parecía nerviosa, decidida, aunque un tanto a la defensiva.

—¡Al menos —estalló— le cantaré las cuarenta!

—Mi querida Evie —exclamó la señora Cavendish—, no puede ser cierto que te marchas.

—Pues es la verdad. Siento haberle dicho a Emily algunas cosas que no perdonará ni olvidará con facilidad. Y si no es así, no me importa. Con toda probabilidad no conseguiré nada. Le he dicho: «Eres vieja, Emily, y no hay peor tonta que una vieja tonta. Es veinte años más joven que tú y te engañas si crees que se ha casado contigo por otra cosa que no sea el dinero. No le des demasiado. El granjero Raikes tiene una esposa joven y muy guapa. Pregúntale a tu querido Alfred cuánto tiempo pasa en su casa». Emily se ha enojado mucho. ¡Naturalmente! Y yo he seguido: «Te advierto, tanto si te gusta como si no, que ese hombre no vacilará en matarte en menos que canta un gallo. Es un mal bicho. Puedes decir lo que quieras, pero recuerda que te he avisado. ¡Es un mal bicho!».

—¿Qué ha dicho ella?

La señorita Howard hizo una mueca muy expresiva.

—«Mi queridísimo Alfred, mi pobrecito Alfred, calumnias viles, mentiras ruines. Qué horrible mujer, acusar así a mi querido esposo». Cuanto antes deje esta casa, mejor. Así que me marchó.

—¿Ahora mismo?

—En este preciso instante.

Durante unos segundos nos quedamos contemplándola.

John, al ver que no conseguiría hacer que cambiase de

opinión, fue a consultar el horario de trenes. Su mujer lo siguió, murmurando que sería mejor convencer a la señora Inglethorp de que recapacitara.

Al quedarnos solos, la expresión de la señorita Howard se transformó. Se inclinó hacia mí ansiosa.

—Señor Hastings, usted es una buena persona. ¿Puedo confiar en usted?

Me sobresalté. Apoyó la mano en mi brazo y su voz se convirtió en un susurro:

—Cuide de ella, señor Hastings. ¡Mi pobre Emily! Son todos unos tiburones. Sé muy bien lo que digo. Están todos quebrados y la acosan pidiéndole dinero. La he protegido todo lo que he podido. Ahora que les dejo el campo libre, acabarán por imponerse.

—Haré todo lo que esté en mi mano, pero tranquilícese, está usted muy nerviosa.

Me interrumpió, amenazándome con el índice.

—Joven, créame, he vivido más que usted. Solo le pido que mantenga los ojos bien abiertos. Ya verá si tengo o no razón.

El ruido de un auto nos llegó a través de la ventana abierta y la señorita Howard se levantó para ir hacia la puerta. La voz de John se oyó desde el exterior. La mujer se detuvo con la mano apoyada en el pomo de la puerta. Me miró por encima del hombro y me hizo una seña.

—Sobre todo, señor Hastings, ¡vigile bien a ese demonio de marido!

No hubo tiempo para decir nada más. La señorita Howard desapareció entre un coro de protestas y adioses. Los Inglethorp no bajaron a despedirse.

Mientras el auto se alejaba, la señora Cavendish se separó de pronto del grupo y recorrió el camino de entrada para ir al encuentro de un hombre alto con barba que venía hacia la casa. Las mejillas del joven enrojecieron al estrecharle la mano.

—¿Quién es? —pregunté con brusquedad, ya que, instintivamente, me pareció un tipo sospechoso.

—Es el doctor Bauerstein —contestó John con dureza.

—¿Quién es el doctor Bauerstein?

—Está en el pueblo haciendo una cura de reposo. Por lo visto, ha sufrido una crisis nerviosa. Es un especialista de Londres, un hombre muy inteligente y uno de los mejores toxicólogos.

—Es muy amigo de Mary —apuntó Cynthia, sin poder reprimirse.

John frunció el ceño y cambió de tema.

—Vamos a dar un paseo, Hastings. Todo este asunto ha sido muy desagradable. Nunca ha tenido pelos en la lengua, eso es cierto, pero no hay en toda Inglaterra una amiga más fiel que Evelyn Howard.

Tomamos el camino que cruzaba la finca y nos dirigimos hacia el pueblo.

De vuelta, al cruzar una de las cercas, una bonita joven de aspecto agitanado que venía en dirección opuesta nos saludó con una inclinación de cabeza y sonrió.

—Una muchacha muy guapa —comenté admirado.

En el rostro de John apareció una expresión sombría.

—Es la señora Raikes.

—¿La que ha dicho la señorita Howard que...?

—La misma —admitió John, con una descortesía innecesaria.

Comparé a la canosa anciana de la casa con la pizpireta joven que acababa de sonreírnos y me invadió el presentimiento de que algo malo se avecinaba. Dejé a un lado esos pensamientos.

—¡Styles es una mansión maravillosa!

—Sí, es una hermosa propiedad —reconoció John con tristeza—. Algún día será mía. Ya tendría que serlo, por legítimo derecho, si mi padre hubiera hecho un testamento justo, pero yo seguiría tan endiabladamente mal de dinero como ahora.

—¿Estás muy mal de dinero?

—Querido Hastings, no me importa decirte que no sé qué hacer para conseguirlo.

—¿No puede ayudarte tu hermano?

—¿Lawrence? Se ha gastado hasta el último penique publicando sus horrorosos poemas en ediciones de lujo. No, somos una pandilla de pobretones. Tengo que reconocer que hasta ahora mi madre ha sido muy buena con nosotros. Desde su matrimonio, quiero decir que... —Se calló de repente y frunció el ceño.

Sentí por primera vez que, con la marcha de Evelyn Howard, el ambiente había perdido algo indefinido. Su presencia infundía seguridad. Ahora esta seguridad había desaparecido, la desconfianza flotaba en el aire. Recordé el siniestro rostro del doctor Bauerstein. Me sentí lleno de recelo contra todo y contra todos. Por un instante, intuí que se avecinaba algo muy malo.